

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

*SILVAS*

ÍNDICE:

SILVA I

*A las musas*

SILVA II

*Al céfiro*

(Durmiendo Cloris)

SILVA III

*Las flores*

SILVA IV

*El sueño*

SILVA V

*Los recuerdos tristes*

SILVA VI

*El lecho de Fílis*

SILVA VII

*Mi vuelta al campo*

SILVA VIII

*El suspiro*

SILVA IX

*Fany enojada*

SILVA X

*El cumpleaños de Fany, habiendo de dejarla dentro de breves días*

SILVA XI

*A las Musas*

SILVA XII

*Al céfiro, durmiendo Cloris*

SILVA XIII

*Las flores*

SILVA XIV

*El sueño*

SILVA XV

*Los recuerdos tristes*

SILVA XVI

*El lecho de Filis*

SILVA XVII

*Mi vuelta al campo*

*Si te digna manet divini gloria ruris.*

–Virg.

SILVA I

*A las musas*

Perdón, amables Musas; ya rendido  
Vuelvo a implorar vuestro favor: el fuego  
Gratas me dad con que cantaba un día,  
Mis ansias de amor ciego,  
O de la ninfa mía  
Las dulces burlas, el desdén fingido,  
Y aquel huir para rendirse luego.  
El entusiasmo ardiente  
Dadme, en que ya pintaba  
La florida beldad del fresco prado,  
La calma ya en que, el ánimo embargaba  
El escuadrón fulgente,  
Que en la noche serena  
El ancho cielo de diamantes llena;  
Deslizándose en tanto fugitivas  
Las horas, y la cándida mañana  
Sembrando el paso de arrebol y grana  
A Febo luminoso.  
¡Ah Musas! ¡qué gozoso

Las canciones festivas  
De las aves siguiera,  
Saludando su luz el labio mío!  
Hora mirando el plateado río  
Sesgar ondisonante en la ladera,  
Hora en la siesta ardiente,  
Baxo la sombra hojosa  
De algún árbol copado,  
Al raudal puro de risueña fuente,  
Gozando en paz el soplo regalado  
Del manso viento en las volubles ramas.  
Ni allí loca ambición en peligrosos  
Falaces sueños embriagó el deseo,  
Ni sus voraces llamas  
Sopló en el corazón el odio insano;  
O en medio de desvelos congojosos  
Insomne se azoró la vil codicia,  
Cubriendo su oro con la yerta mano.  
Miró el más alto empleo  
El alma sin envidia; los umbrales  
Del magnate ignoró, y a la malicia  
Jamás expuso su veraz franqueza.  
De rústicos zagales  
La inocente llaneza  
Y sus sencillos juegos y alegría,  
De cuidados exento  
Venturoso gozé, y el alma mía  
Entró a la parte en su hermanal contento,  
La hermosa juventud me sonreía,  
Y de fugaces flores  
Ornaba entonces mis tranquilas sienas,  
Mientras el ardiente Baco me brindaba  
Con sus dulces favores;  
Y de natura al maternal acento  
El corazón sensible,  
En calma bonancible,  
Y en común gozo y en comunes bienes  
De eterna bienandanza me saciaba.  
¡Días alegres, de esperanza henchidos  
De ventura inmortal! ¡amables juegos  
De la niñez! ¡memoria,  
Grata memoria de los dulces fuegos  
De amor! ¿dónde sois idos?  
¿Decidme, Musas, quién ajó su gloria?  
Huyó niñez con ignorado vuelo,  
Y en el abismo hundió de lo pasado

El risueño placer. ¡Desventurado!  
En ruego inútil importuno al cielo,  
Y que torne le imploro  
La amable inexperiencia, la alegría,  
El ingenuo candor, la paz dichosa.  
Que ornaron ¡ay! mi primavera hermosa;  
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.  
La edad, la triste edad del alma mía  
Lanzó tan hechicera  
Magia, y a mil cuidados  
Me condenó por siempre en faz severa.  
Crudo decreto de malignos hados  
Dióme de Témis la inflexible vara;  
Y que mi blando pecho  
Los yerros castigara  
Del delinquente, pero hermano mío,  
Astrea me ordenó: mi alegre frente  
De torvo ceño obscureció inclemente,  
Y de lúgubres ropas me vistiera  
Yo mudo, mas deshecho  
En llanto triste, su decreto impío  
Obedecí temblando;  
Y subí al solio, y de la acerba diosa  
Las leyes pronuncié con voz medrosa.  
¡O! ¡quien entonces el poder tuviera,  
Musas, de resistir! ¡quién me volviese  
Mi obscura medianía,  
El deleyte el reír, el ocio blando,  
Que imprudente perdí! ¡quien convirtiese  
Mi toga en un pellico, la armonía  
Tornando a mi rabel, con que sonaba  
En las vegas de OTEA(1)  
De mis floridos años los ardores,  
Y de Arcadio la voz le acompañaba  
Baylando en torno alegres los pastores!  
El que insano desea  
El encumbrado puesto,  
Goze en buen hora su esplendor funesto.  
Yo viva humilde, obscuro,  
De envidia vil, de adulación seguro,  
Entre el pellico y el honroso arado.  
Y de fáciles bienes abastado,  
En salud firme el cuerpo, sana el alma  
De pasiones fatales,  
Entre otros mis iguales,  
En recíproco amor entre officiosos

Consuelos feliz muera  
En venturosa calma,  
Mi honrada probidad dexando al suelo,  
Sin que otro nombre en rótulos pomposos  
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.  
Pero ¡ay Musas! que el cielo  
Por siempre me cerró la florecida  
Senda del bien, y a la cadena dura  
De insoportable obligación atando  
Mi congojada vida,  
Alguna vez llorando  
Puedo solo engañar mi desventura  
Con vuestra voz y mágicos encantos,  
Alguna vez en el silencio amigo  
De la noche callada  
Puedo en sentidos cantos  
Adormir mi dolor, y al crudo cielo  
Hago de ellos testigo,  
Y en las memorias de mis dichas velo.  
Musas, alguna vez; pues luego ayrada  
Témis me increpa, y de pavor temblando  
Callo, y su imperio irresistible sigo,  
Su augusto trono en lágrimas bañando.  
Musas, amables Musas, de mis penas  
Benignas os doled: vuestra armonía  
Temple el son de las bárbaras cadenas,  
Que arrastro miserable noche y día.

## II

### *Al céfiro*

(Durmiendo Clóris)

Bate las sueltas alas amorosas,  
Cefirillo suave, silencioso;  
No de mi Clori el sueño regalado  
Ofendas importuno: al fresco prado  
Tórnate y a las rosas,  
Tórnate, cefirillo bullicioso,  
Y de su cáliz goza y sus olores.  
A mi Clori perdona, tus favores,  
Tu lisonjero aliento le escasea;  
Y huye lejos del labio adormecido,

No agravies, no, atrevido  
Su reposo felice,  
Que Amor quizá en su idea  
Me retrata esta vez, quizá le ofrece,  
Mi fe pura y le dice:  
Duélete, o desdeñosa,  
De tan fina pasión, y con su fuego  
Su tímida modestia desvanece,  
Tornándola sensible y cariñosa.  
¡O! ¡mi ventura no interrumpas ciego!  
Yo no sé que gozoso  
Me anuncia el corazón al contemplarla.  
Déxame ser en sueños venturoso,  
Y escapa lejos a jugar al prado,  
O respetoso pósate a su lado.  
Empero ya travieso por besarla  
Una rosa doblaste,  
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.  
De nuevo tornas y la rosa inclinas,  
Y con vuelo festivo,  
Bullicioso y lascivo  
La meces, y a su pecho te avecinas.  
¡O! ¡que mi ardor provocas  
Cada vez que lo tocas!  
¡O! ¡que tal vez ese cogollo esconde  
Letal punzante espina, que su nieve  
Hiera con golpe aleve!  
Cesa, y benigno a mi rogar responde:  
Cesa, céfiro manso,  
Y siga Clori en plácido descanso.  
Cesa, y a tu deseo  
Corresponda tu ninfa agradecida  
En fácil himeneo.  
O nuncio del verano deleytoso,  
Tú que en móviles alas vagaroso,  
De las flores galán, del prado vida,  
Vas dulce susurrando,  
Con delicado soplo derramando  
Mil fragantes esencias, ¡ay! no toques  
Esta vez a mi Clori; no provoques,  
Cefirillo atrevido,  
Con tu aroma su aliento:  
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.  
Mas ¡ay! con que contento  
Parece que se ríe y que me llama.  
Su boca se despliega

Y su semblante celestial se inflama,  
Como la rosa pura  
Que bañada en aljófares florece  
Emulando del alba la hermosura.  
Llega festivo, llega  
A sus párpados bellos,  
Y con ala traviesa cariñoso  
Asentándote en ellos  
Apacible los mece,  
Que otra vez ríe y su alegría crece.  
¡Ay! agítala, llega y tan dichoso  
Momento no perdamos, cefirillo,  
Que Amor me llama y su favor me envía:  
Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo  
Ayude al logro de la dicha mía.

### III

#### *Las flores.*

Naced, vistosas flores,  
Ornad el suelo, que lloró desnudo  
So el cetro helado del invierno rudo,  
Con los vivos colores,  
En que matiza vuestro fresco seno  
Rica naturaleza.  
Ya ríe mayo, y céfiro sereno  
Con deliciosos besos solicita  
Vuestra sin par belleza,  
Y el rudo broche a los capullos quita.  
Pareced, pareced, o del verano  
Hijas y la alma Flora,  
Y al nacarado llanto de la aurora  
Abrid el cáliz virginal: ya siento,  
Ya siento en vuestro aroma soberano,  
Divinas flores, empapado el viento;  
Y aspira la nariz y el pecho alienta  
Los ámbares que el prado les presenta  
Do quiera liberal. ¡O! ¡qué infinita  
Profusión de colores  
La embebecida vista solicita!  
¡Qué magia! ¡qué primores  
De subido matiz, que anhela en vano  
Al lienzo trasladar pincel liviano!

Con el arte natura  
A formaros en una concurrieron,  
Galanas flores, y a la par os dieron  
Sus gracias y hermosura.  
Mas ¡ah! que acaso un día  
Acaba tan pomposa lozanía,  
Imagen cierta de la suerte humana.  
Empero más dichosas,  
Si os roba, flores, el ferviente estío,  
Mayo os levanta del sepulcro umbrío,  
Y a brillar otra vez nacéis hermosas.  
Así, o jazmín, tu nieve  
Ya a lucir torna aunque en espacio breve  
Entre el verde agradable de tus ramas,  
Y con tu olor subido  
Parece que amoroso  
A las zagalas que te corten clamas,  
Para enlazar sus sienas venturoso.  
Mientras el clavel en púrpura teñido  
En el flexible vástago se mece,  
Y oficioso desvelo a la belleza,  
A Flora y al Amor un trono ofrece  
En su globo encendido,  
Hasta que trasladado  
A algún pecho nevado,  
Mustio sobre él desmaya la cabeza  
Y el cerco encoge de su pompa hojosa.  
Y la humilde violeta, vergonzosa  
Por los valles perdida  
Su modesta beldad cela encogida;  
Mas el ámbar fragante  
Que le roba fugaz mil vueltas dando  
El aura susurrante,  
En él sus vagas alas empapando,  
Descubre fiel do esconde su belleza.  
Orgullosa levanta la cabeza  
Y la vista arrebatada  
Entre el vulgo de flores olorosas  
El tulipán, honor de los vergeles;  
y en galas emulando a los claveles,  
Con faxas mil vistosas  
De su viva escarlata  
Recama la riquísima librea.  
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea  
Cruda Flora su encienso delicioso,  
Y solo así a la vista luce hermoso.

No tú, azucena virginal, vestida  
Del manto de inocencia en nieve pura  
Y el cáliz de oro fino recamado;  
No tú, que en el aroma máspreciado  
Bañando tu hermosura,  
A par los ojos y el sentido encantas,  
De los toques mecida  
De mil lindos Amores,  
Que vivaces codician tus favores,  
¡O como entre sus brazos te levantas!  
¡Como brilla del sol al rayo ardiente  
Tu corona esplendente!  
¡Y qual en torno cariñosas vuelan  
Cien mariposas, y en besarte anhelan!  
Tuyo, tuyo seria,  
O azucena, el imperio sin la rosa,  
De Flora honor, delicia del verano,  
Que en fugaz plazo de belleza breve  
Su cáliz abre al apuntar el día,  
Y en púrpura bailada el soberano  
Cercos levanta de la frente hermosa.  
Su aljófara nacarada el alba llueve  
En su seno divino;  
Febo la enciende con benigna llama,  
Y le dio Citerea  
Su sangre celestial, cuando afligida  
Del bello Adonis la espirante vida,  
Que en débil voz la llama,  
Quiso acorrer; y del fatal espino  
Ofendida ¡o dolor! la planta bella  
De púrpura tiñó la infeliz huella.  
Codíciala Cupido  
Entre las flores por la máspreciada,  
Y la nupcial guirnalda que ciñera  
A su Phiquis amada,  
De rosas fue de su pensil de Gnido;  
Y el tálamo feliz también de rosa,  
Donde triunfó y gozó, cuando abrasado  
En su llama dichosa  
Tierno exclamó en sus brazos desmayado:  
Hoy, bella Phiquis, por la vez primera  
Siento que el Dios de las delicias era.  
¡O reina de las flores!  
¡Gloria del mayo! ¡venturoso fruto  
Del llanto de la aurora!  
Salve ¡rosa divina!

Salve, y ve, llega a mi gentil pastora  
A rendirle el tributo  
De tus suaves olores,  
Y humilde a su beldad la frente inclina.  
Salve ¡divina rosa!  
Salve, y dexa que viéndote en su pecho  
Morar ufana, y por su nieve pura  
Tus frescas hojas derramar segura,  
Loco envidie tu suerte venturosa,  
Y anhele en ti trocado  
Sobre él morir en ámbar deshecho:  
Me aspirará su labio regalado.

#### IV

##### *El sueño*

¿Por qué en tanta alegría  
Se inunda mi semblante  
Y enagenado el ánimo se goza?  
Curiosa me demandas, Fili mía.  
Hállote, y al instante  
Mi corazón palpita y se alborozaba,  
Y río si te miro,  
Y no de pena, de placer suspiro.

Un sueño, un sueño solo mi contento  
Causa, Fili adorada;  
Óyelo y goza el júbilo que siento.  
En la fresca enramada,  
Cual solemos triscando  
Y riendo y burlando,  
Soñé feliz que estábamos un día.

De liadas flores a tu sien texía  
Y amaranto oloroso  
Yo una guirnalda bella;  
Mas tú, cuando oficioso  
Ceñírtela intenté, me la robaste;  
Y una cinta con ella  
Flexible haciendo, blandamente ataste  
Mis dos manos. Estrecha, Fili, estrecha,  
Dixe, el nudo primero,  
Y otro y otro me echa,

Que a gloria tengo el ser tu prisionero.

Luego viendo una rosa  
En medio el valle descollar hermosa  
Sobre todas las flores,  
De los besos del céfiro halagada,  
A cortarla corrí. ¡Flor venturosa,  
Le dixé, el lácteo seno de mi amada  
De tu frescura goze y tus olores!  
Y en él la puse lleno de ternura.

Mi rosa pareció más encendida  
Y su nieve más pura  
Contrapuesta a la púrpura subida.  
Tú al punto la tomaste,  
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste  
Al carmín vivo de tus labios bellos,  
Y besándola de ellos  
A los míos riyendo la pasaras.

El alma toda apenas los tocaras,  
El alma toda a recoger tu beso  
Sobre la rosa se lanzó anhelante,  
Y por uno sin seso  
Su tierno cáliz te torné abrasado  
Con mil y mil en mi pasión amante.

En tales burlas por el fresco prado  
Vagando alegres fuimos,  
Cantando mil tonadas,  
O remedando en voces acordadas  
Ya el trino delicado a los xilgueros,  
Ya el plácido balar de los corderos.

Cuando a Lícidas vimos  
Que a nosotros venía,  
Qual suele en torva faz. ose o y zeloso:  
Nublóse tu alegría,  
Bien como flor cortada  
Cuya mustia beldad cae desmayada;  
Y con labio medroso,  
Huyamos, me dixiste:  
¿Zagal tan necio y tan, odioso viste?

Yo te idolatro, y quiere  
Que oyga su amor y alivie su cuidado;

Y así me sigue qual si sombra fuera.  
¡Ay zagal! aquí estas; en vano espera:  
Y fiel mi mano al corazón llevaste.

Sobre él la puse, y fino palpitaba,  
Y el mío de placer mil vuelcos daba.  
Así en trisca inocente  
Sin sentirlo llegamos a la fuente,  
Que en torno enrama el álamo pomposo,  
Aquí evitemos la abrasada siesta,  
Dixiste, pues a plácido reposo  
Su sombra brinda y brinda la floresta;  
Y te asentaste en la mullida grama.

Yo me senté a tu lado,  
Y en torno se derrama  
Con el tuyo paciando mi ganado  
Por la fresca pradera.  
El albo vellocino a la cordera,  
Que en grato don por el rabel me diste,  
A rizar officiosa te pusiste,  
Y yo en tanto escribía  
Tu nombre venturoso  
En la lisa corteza,  
Y así apenado al álamo decía:

Crece, tronco dichoso,  
Crece, y el nombre de mi Fili amada  
Crezca a la par contigo,  
Y a par también su amor y su firmeza;  
Y se a los cielos de mi testigo.  
De hoy más por los pastores  
Se escogerá tu sombra regalada,  
Quando traten en pláticas de amores,  
O al viento envíen sus dolientes quejas.

Sus inocentes danzas  
Tendrán en ti las lindas zagalejas  
Y anidarán los dulces ruiñeños.  
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas  
De las sonantes hojas despojado,  
Ya con su nombre a Fili consagrado,  
Tú que fina escuchaste  
Mi apasionado ruego,

Cariñosa tomaste

La aguda punta, y escribiste luego  
Tras Fili. se. Damon., y por adorno  
De mirto una lazada  
Que los dos nombres estrechaba en torno;  
Y tierna me miraste: ¡o que mirada!

De ella alentado mis felices brazos  
A tu cuello de nieve  
Lanzándose amorosos... Un ruido  
Suen a la espalda y la enramada mueve.  
Tú esquivas evitas los ardientes lazos;  
Yo miro ayrado, y Lícida escondido  
Torvo acechaba nuestra dulce llama.

Su odiosa vista en cólera me inflama,  
Detiéneme tu brazo cariñoso;  
Líciditas huye con fugaz carrera,  
Despierto, y en mi sueño venturoso  
Fue Fili de Damon tu voz postrera.

V

*Los recuerdos tristes*

¡Ah Clori! se anublaron  
Los días del placer: nuestra ventura  
Pasó, pasó dexando en la memoria  
Recuerdos y amargura.  
Sombra fugaz volaron  
Las horas fugitivas de mi gloria,  
Muy mas que el ave que ni rastro dexa  
Quando hasta el cielo rápida se aleja.  
Vuelvo atrás, y el deseo  
Engañador te finge qual un día  
Nos viera Amor, de sus ardientes flechas  
Nuestras dos almas para en uno hechas  
Gozándose llagadas, retirados  
Del comercio importuno,  
Y a su imperio feliz abandonados;  
Ya en la alameda hojosa en el recreo  
De un paseo inocente,  
Ya en tu albergue glorioso, do ninguno,  
Triste censor de nuestras ansias puras,  
Ni tus palabras mágicas oía,

Ni de mi loca lengua las ternuras,  
Ni los suspiros de mi amor ferviente,  
Sólo el cielo nos viera  
Y sus puras antorchas rutilantes,  
Y al cielo enagenado yo pedía,  
Que en sus claras mansiones  
Mis votos y tus votos recibiera;  
Y en mis brazos amantes  
Mas fino te estrechaba,  
Y así testigos mi delirio hacia  
De mi inmensa ventura,  
Ya la lumbre de amor, ya los triones,  
Mientras ardía y gozaba,  
Y tornaba a gozar y más ardía.  
¿Te acuerdas, adorada, la ternura  
Con que anublado ya la imagen triste  
De mi ausencia el placer, tú me dixiste:  
¡O importuno! olvidemos  
Momento tan fatal: hora gozemos,  
¿Gozemos otra vez? ¡Ah! ¿qué se hiciera  
De aquella noche, en que el desdén rendido  
Prorrumpiste llorando: eres querido;  
Tuya soy, ¿tuya?, ¡O noche! si olvidarme  
De ti puedo, mi pecho al gozo muera;  
Clori dexa de amarme.  
Divididos apenas  
Del blando estío en los ardientes días,  
Si el trance se llegaba  
De alejarme de ti,  
¡Qual te afligías!  
¡Como yo me apartaba! ¡ay horas, llenas,  
Horas, llenas de gloria y de ventura!  
¡Horas, que en vano detener procura  
Mi insano amor! ¿do estáis? ¿o que se ha hecho  
De aquel hallarme a su adorable lado  
Y a sus plantas postrado,  
En ansias mil deshecho?  
Ya embriagado el oído.  
En su voz celestial que el alma eleva  
Y do le agrada extática la lleva;  
Ya ciego, sin sentido  
A los rayos lumbrosos  
De sus ojuelos vivos, cariñosos;  
Ya plácido gozando la alegría  
De su amable semblante,  
Do reynan sencillez y cortesía

Y angélica inocencia; el albo seno  
De honestidad y de ternura lleno  
Baxo la sutil gasa palpitante,  
Mientras furtivo mi mirar seguía  
Su movimiento blando,  
Mi fiel imagen dentro contemplando.  
Clori, esta imagen indeleble sea,  
A pesar de la suerte  
Que agostará nuestro florido suelo.  
Idolatra en tu fe, constante vea  
Arder hasta la muerte  
La fiel llama que en ti me envidia el cielo.  
O si débil acaso... Clori mía,  
Sin que dexes de amarme,  
En las brazos iluso en mi alegría  
Hoy acabe, si un día has de olvidarme.

## VI

### *El lecho de Fílis*

¿Do me conduce Amor? ¿do inadvertido  
En soñadas venturas embebido  
Llegué con planta osada?  
Esta es la alcoba de mi Fili amada.  
Aquel su lecho, aquel, allí reposa:  
Allí su cuerpo delicado hermoso  
En blanda paz se entrega  
Al sueño más suave: esta dichosa  
Olanda la recibe. Llega, llega  
Con paso respetoso,  
O deseo feliz, llega y suspira  
Sobre el lecho de Fili, y silencioso,  
Si en él descansa, al punto te retira.  
Retírate, no acaso a despertarla  
En tu ardor impaciente  
Te atrevas por tu mal:  
huye prudente,  
Huye de riesgo tal, y ni a mirarla  
Pararte quieras por estar dormida,  
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.  
Pero sólo está el lecho: ¡afortunado  
Lecho, salve mil veces,  
Pues que gozar mereces

De su esquiva beldad! ¡salve, nevado  
Lecho, y consiente que mi fina boca  
La olanda estreche, que felice toca  
Los miembros bellos de mi Fili amada!  
Su huella señalada  
En ti, lecho felice,  
Aquí posó dormida  
La rubia frente, a mi deseo dice;  
Allí tendió hacia ti su brazo hermoso  
Del delirio de un sueño conmovida,  
Y aquí asentó su seno delicioso.  
¡O salve veces mil, y el atrevido  
Tiempo no te consuma,  
Dichoso lecho, del Amor mullido!  
Siempre en torno de ti las Gracias velen.  
Los sueños lisonjeros,  
Quando mi Fili tu suave pluma  
Busque, sobre ella cariñosos vuelen:  
En sus alas los céfiros ligeros  
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores,  
Y mi forma tomando  
El placer, en su sello mil ardores,  
Gozos mil mueva, su desdén domando.  
¡Salve, lecho feliz, que sólo sabes  
Misterios tan suaves!  
Tú, si su seno cándido palpita,  
Le sientes palpitar; tú, si se queja,  
Tú, si el placer la agita  
Y embriagada le dexa  
Fingirse mil venturas,  
Todo lo entiendes, lecho regalado,  
Todo lo entiendes con envidia mía.  
Sus ansias, sus ternuras,  
Sus gozos, sus desvelos,  
Su tímida modestia, sus rezelos,  
En el silencio de la noche amado  
Patentes a ti solo, con el día  
Para mí desaparecen,  
Y qual la niebla al sol se desvanecen.  
¡O lecho, feliz lecho, qual suspiro  
Quando tu suerte y mis zozobras miro!  
Si en ti el reposo habita,  
¿De do, lecho feliz, viene la llama  
Que en delicias me inflama?  
¿La grata turbación que el pecho agita?  
¡Ah lecho afortunado!

Tú de mi bien recibes  
El llanto aljofarado,  
Si lastimada llora: tú percibes,  
Tú solo en sus amores confidente,  
Su delicada voz. ¿Mis ansias siente?  
¿Se angustia como yo? ¿teme? ¿rezela?  
¿Duda, si en verla tardo, y se desvela?  
¡Ay! tú lo sabes: dímelo te ruego,  
Y templa de una vez mi temor ciego.  
Téplalo, dulce lecho,... Así decía  
El ardiente Damon, sin que pensase  
Que Fílis le atendía  
A otra parte del lecho retirada.  
La bella zagaleja lastimada  
De que tanto penase,  
Salió presta de donde se escondía.  
Damon se turba, y Fílis cariñosa  
Se ríe dulcemente y le asegura,  
Madando la serrana desdeñosa  
Su rigor desde entonces en blandura.

## VII

### *Mi vuelta al campo*

Ya vuelvo a ti, Pacífico retiro.  
Altas colinas, valle silencioso,  
Término a mis deseos,  
Faustos me recibid: dadme el reposo,  
Por que en vano suspiro  
Entre el tumulto y tristes devaneos  
De la corte engañosa.  
Con vuestra sombra amiga  
Mí inocencia cubrid, y en paz dichosa  
Dadme esperar el golpe doloroso  
De la parca enemiga,  
Que lento alcance a mi vejez cansada,  
Qual de otoño templado  
En deleytosa tarde desmayada  
Huye su luz del cárdeno occidente  
El rubio sol con paso sosegado.  
¡O! ¡como, vegas plácidas, ya siente  
Vuestro influxo feliz el alma mía!  
Os tengo, os gozaré; con libre planta

Discurriré por vos: veré la aurora,  
Bañada en perlas que riendo llora,  
Purpúrea abrir la puerta al nuevo día,  
Su dudoso esplendor vago esmaltando  
Del monte que a las nubes se adelanta,  
La opuesta negra cumbre.  
Del sol naciente la benigna lumbre  
Veré alentar, vivificar el suelo,  
Que en nublosos vapores  
Adormeciera de la noche el hielo.  
Del aura matinal el soplo blando,  
De vida henchido y olorosas flores,  
Aspiraré gozoso.  
El himno de alborada bullicioso  
Oiré a las sueltas aves,  
Extático en sus cánticos suaves,  
Y mi vista encantada,  
Libre vagando en inquietud curiosa  
Por la inmensa llanada,  
Aquí verá los fértiles sembrados  
Ceder en ondas fáciles al viento,  
De sus plácidas alas regalados:  
Sobre la esteva honrada  
Allí cantar al arador contento  
En la esperanza de la mies futura:  
Alegre en su inocencia y su ventura  
Más allá un pastorcillo,  
Lento guiar sus cándidas corderas  
A las frescas praderas,  
Tiñendo el concertado caramillo:  
Y, el río ondisonante,  
Entre copados árboles torciendo,  
Engañar en su fuga circulante  
Los ojos que sus pasos van siguiendo,  
Lento aquí sobre un lecho de verdura,  
Allí celando su corriente pura;  
Cerrando el horizonte  
El bosque impenetrable y arduo monte.  
¡O vida! ¡o bienhadada  
Situación! ¡o mortales  
Desdeñados y oscuros! ¡o ignorada  
Felicidad, alivio de mis males!  
¡Quando por siempre en vuestro dulce abrigo  
Los graves hierros, que aherrojada siente  
El alma, romperá! ¡quando el amigo  
De la naturaleza

Fixará en medio de ella su morada,  
Para admirar contino su belleza,  
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!  
Otros gustos entonces, otros cuidados  
Más gratos llenarán mis faustos días:  
De mis rústicas manos cultivados  
Los campos que labraron mis abuelos,  
Las esperanzas mías  
Colmarán y mis pródigos desvelos.  
Mi huerta abandonada,  
Que apenas hora del colono siente  
En su seno la azada,  
De hortaliza sabrosa  
Verá poblar sus niveladas eras.  
Mi mano diligente  
Apoyará oficiosa  
Ya el vástago a la vid, ya la caída  
Rama al frutal, que al paladar convida  
Doblada al peso de doradas peras.  
Veráme mi ganado  
A su salud atento  
Solicito contarle, quando lento  
Torna al redil de su pacer sabroso.  
O en ocio afortunado,  
Mientras su ardiente faz el sol inclina,  
Solitario filósofo el umbroso  
Bosque en la mano un libro discurriendo,  
Llenar mi pecho de tu luz divina,  
Angélica verdad, las celestiales  
Sagradas voces respetoso oyendo,  
Que en himnos inmortales,  
En medio de las selvas silenciosas,  
Do segura reposas,  
A sencillo mortal para consuelo  
Tal vez dictaste del lloroso suelo,  
De las aves el trino melodioso  
Allí mi dulce voz despertaría,  
Y armónica a las suyas se uniría  
Cantando solo el campo y mi ventura,  
Allí del campo hablara  
Con el pobre colono, y en las penas  
De su estado afanoso  
Con blandas voces de consuelo llenas  
Humano le alentara.  
O bien sentado a la corriente pura,  
Viva, fresca, esplendente,

Del plácido arroyuelo bullicioso,  
Que entre guijuelas huye fugitivo,  
Si del vicio tal vez la imagen fiera  
Mi memoria afligiera,  
El ánimo doliente  
Se conhortara en su dolor esquivo;  
Y en sus rápidas linfas contemplando  
De la vida fugaz el presto vuelo,  
Calmara el triste anhelo  
De la loca ambición y ciego mando.  
Imagen, o arroyuelo,  
Del tiempo volador y de la nada  
De nuestras alegrías,  
Urja de otra apremiada  
Tus ondas al nacer se desvanecen,  
Y en raudo curso en el vecino río  
Tu nombre y tus cristales desaparecen.  
Así se abisman nuestros breves días  
En la noche del tiempo: así la gloria,  
El alto poderío,  
La ominosa riqueza  
Y lumbre de belleza,  
Do ciega corre juventud liviana,  
Pasan qual sombra vana,  
Solo dolor dexando en la memoria.  
¡O! ¡quantas veces mi azorada mente  
En tu margen florida,  
Contemplando tu rápida corriente,  
Lloró el destino de mi frágil vida!  
¡Quantas en paz sabrosa  
Interrumpí tu plácido ruido  
Con mi voz, o arroyuelo, dolorosa,  
Y en dulces pensamientos embebido,  
A tu corriente pura  
Las lágrimas mezclé de mi ternura:  
¡Quantas, quantas me viste  
Querer de ti apenado separarme,  
Y moviendo la planta perezosa,  
Cien veces revolver la vista triste  
Hacia ti al alejarme,  
Oyendo tu murmullo regalado;  
Y exclamar conmovido  
Con balbuciente acento:  
¡Aquí moran la dicha y el contento!  
¡O campo! ¡o grato olvido!  
¡O libertad feliz! ¡O afortunado

El que por ti de lejos no suspira;  
Mas trocando tu plácida llaneza  
Por la odiosa grandeza,  
Por siempre a tu sagrado se retira!  
¡Afortunado, el que en humilde choza  
Mora en los campos y en seguir se goza  
Los rústicos trabajos, compañeros  
De virtud e inocencia,  
Y salvar logra con feliz prudencia  
Del mar su barca y huracanes fieros!

## VIII

### *El suspiro*

Fany, Fany, ¿qué es esto?, ¡tú suspiras!  
¡Tú en quejidos dolientes  
tornas la voz graciosa,  
delicia de mi ser, gozo del suelo!  
¡Tú al cielo triste y desolada miras!,  
¡y consternada, mísera, llorosa,  
en ayes más ardientes  
te vuelves a angustiar! ¿La calma pura  
de tu pecho dó está? ¿Quién su ventura,  
su grato olvido, su quietud gloriosa  
pudo anublarlos?, ¿quién...? Benigno, el cielo  
nos ríe, idolatrada;  
y en fausta unión, dulcísima lazada,  
que apuremos Citeres las delicias  
de su imperio nos da. ¿Nuestra fineza,  
nuestro embeleso y votos y caricias  
pueden, Fany, crecer? ¿Más mi ternura  
ser puede?, ¿más la llama  
que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?

¡Y suspiras, mi bien! ¡Oh, que no sabes  
cuánto al Amor desconocida ofendes!,  
¡cuál con un *ay* me enciendes!,  
¡cuál me afliges cruel! Cada suspiro  
loco me vuelve, el corazón me abrasa;  
cada mirada el alma me traspasa,  
y en cada *ay* tuyo fenecer me miro.  
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,  
afable, tierna, plácida, que un día  
entre aromas y néctares süaves

tu apasionado seno despedía  
y mi boca tal vez robó dichosa,  
los suspiros ardientes,  
los gratísimos ayes que apenas  
tu lengua regalada  
en los transportes del amor más lino  
sonaba herida de su ardor divino,  
hoy de las penas, de las ansias graves,  
de las zozobras que en el alma sientes  
son efecto infeliz... ¡Desventurado!  
Ni aun ya dudarlo a mi dolor es dado.  
Tus ojos, tu tristeza, tu caído  
semblante, de llorar desfallecido,  
tu débil anhelar, ese quedarse  
cual muda estatua y súbito inflamarse  
cual la grana más viva,  
ese buscarme y evitarme esquivada,  
obstinada en callar: todo descubre  
el mal agudo que tu pecho encubre,  
que sus ternezas ominoso impide  
y en partes mil lidiando lo divide.

¿De dó empero este mal?, ¿qué te desvela?  
¿Qué tiembla ya el honor ni qué recela,  
cuando a la sombra de mordaz censura  
el aura del Amor más blanda aspira  
a nuestra feliz llama,  
la luz sucede a la tiniebla oscura  
y el cielo eterno bien nos asegura?

¿Merecerá tu ira  
la fe constante que mi pecho inflama,  
y absorto en ti de todo me enajena?  
¿Te cansa ya la celestial cadena  
con que un tiempo se unieron  
nuestras dos almas y felices fueron?,  
¿los dulces himnos que en ternura iguales  
con los del Teyo armónica mi lira  
modular sabe, pero Amor le inspira,  
y a los dioses te allegan inmortales?

¡Ay!, no; perdón, amada,  
perdona al dolor mío  
blasfemia tal, tan ciego desvarío,  
y a tu alma torne la quietud robada.  
No más tu pecho dolorido gima,  
no más el mío oyéndolo se oprima,

no más... ¡Pero de nuevo,  
cuanto más fino a consolarte pruebo,  
vuelves a suspirar sólo al mirarme...!  
De una vez, cruda, acaba de matarme.

Mas deja en tanto al labio apasionado  
que tu suspiro celestial aliente;  
benigna deja que en el hondo seno  
lo ponga reverente,  
de mil y mil que exhalo acompañado.  
¡Oh corazón de sus encantos lleno!,  
recíbelo feliz, y en el glorioso  
trono do reina mi Fany querida,  
do afable dulces leyes te prescribe  
y a par tus votos sin cesar recibe,  
ponlo, y por siempre tu sin par fineza,  
tu lealtad y desvelo cariñoso,  
tu ciego ardor, tu voluntad rendida,  
tu pura fe, tu natural llaneza,  
y cuanto haya en amor de más divino,  
ante él lo ofrece en holocausto digno.  
Y tú calma, mi bien, tan cruda pena;  
ría en sus gracias tu beldad serena;  
alienta, alienta, y mi dolor no agraves;  
alienta, y no la gloria  
en que inundarme afortunado siento  
destruyas, o el futuro sentimiento  
despiertes hoy aleve  
en mi exaltada, mi vivaz memoria.

En las desdichas que amagarnos sabes  
deja este espacio breve,  
déjalo, Fany, a mi fugaz ventura,  
y goce yo sin nieblas tu hermosura.  
Gócela fino; a ¡ni cariño deja  
crédulo abandonarse a los süaves  
inefables encantos  
con que el deseo lisonjero aleja  
el fatal plazo de dolor y llantos;  
y ardiente apure mi felice boca  
el dulce cáliz que su sed provoca.

No en mi ilusión me aflijas; que inhumana  
vendrá, ¡oh dolor!, la ausencia;  
la ausencia, Fany, cuyo espectro odioso  
comino asusta nuestro amor dichoso,  
a ejecutar bien presto

del hado en mí la bárbara sentencia;  
y en sañudo ademán, torvo semblante,  
con violencia tirana,  
voz imperiosa y diestra menazante,  
lejos de ti me arrastrará... ¡Funesto  
recuerdo!, ¡trance horrible! ¡Fany mía,  
que yo haya de partir! ¡Que mi ventura,  
tan dulce unión, tan íntimos amores,  
tan claro día, tan divinas flores,  
hayan de fenecer! ¡Ay!, aquel día,  
día de duelo y luto y amargura,  
tú llorarás también; con tus plegarias  
las raudas horas a mi bien contrarias  
anhelará parar; bárbaro, impío  
al cielo llamarás, del cuello mío  
queriendo en vano desatar tus brazos,  
perdida huir mis últimos abrazos.

Y solitaria, mísera, cuidosa,  
vagarás por ni estancia pavorosa  
con planta vacilante,  
espíritu azorado y vista errante,  
llamando en débil voz, en grito triste,  
al que no ha nada a tus rodillas viste,  
ciego en su amor, perdido, enajenado,  
la cabeza en tu seno reclinada,  
cantar apasionado  
su eterna fe, tu llama regalada;  
y entonces abismado, confundido,  
mísero, desolado, sin sentido,  
pedirá en vano, anhelará la muerte,  
cual blando alivio a su infelice suerte.

Los ayes, pues, el suspirar quejoso  
con que afliges mi pecho,  
a otros suspiros y zozobras hecho  
en los delirios de un amor dichoso,  
déjalos, Fany, a la ominosa hora  
del adiós triste que a la par tememos;  
y hoy en delicias crédulos gocemos  
del fugaz rayo que aún los montes dora.

IX

*Fany enojada*

¿Será posible, idolatrado dueño,  
que contra un inocente  
dure en ti siempre el implacable ceño?  
Mírote, y tiemblo; ardiente solicito  
tu gracia, y me baldonas inclemente.  
Callo, y tu lado respetoso evito;  
y huyendo, injusta, a mi pesar te irrito.  
Vuelvo, y te agitas más; ¡en cuántas iras  
arden tus lindos ojos si me miras!

¿Por qué tanto rigor, tan fiero encono?,  
¿por qué, Fany adorada,  
tras ruegos tales desdeñarme airada  
con gesto tal y tan amargo tono?  
¿Me cesarás de amar? ¿Los celestiales  
juramentos que hiciste,  
los que a mi labio apasionado oíste,  
si en fe, más puros, en delirio iguales,  
se pueden quebrantar?, ¿el dulce encanto  
de tus tiernas caricias  
se acabó para mí?, ¿serán mis males  
con tu rigor eternos,  
y eterno mi llorar tus injusticias?

Duélete, oh cruda, de mi amargo llanto;  
duélete, y cariñosa  
vuelvan tus ojos a mirarme tiernos;  
tu suave boca a articular donosa  
el idioma de amor; finos, tus brazos  
ciñan mi cuello en deliciosos lazos;  
tu pecho celestial abraza al mío,  
y acabe, acabe ese rigor impío.

Acabe ya; que la implacable saña  
ni al tierno Amor, ni a Cíprida conviene.  
Todo en el mundo sus mudanzas tiene,  
y encono tanto a tu hermosura daña.

Te idolatro, y mis dudas  
son nobles hijas del amor más fino;  
de este amor puro, celestial, supremo,  
que hará por siempre mi feliz destino;  
y así perderte a cada punto temo.

Si tú, mi bien, amases  
cual yo sin seso tu beldad adoro,

si tu pecho inclemente  
sentir pudiera mi pasión ardiente,  
y cual mísero peno tú penases,  
la gracia hicieras que rendido imploro.

Benigna disculpas  
mi enojo ciego, mi furor demente,  
mi error celoso, y las palabras rudas  
que a tu dulzura angelical comparas  
y que en mi oído sin cesar sonando,  
flechas semejan rápidas, agudas,  
que impía disparas a mi pecho triste;  
y por mi llanto mi dolor juzgando,  
por este llanto ciego  
con que hoy tus plantas dolorido riego  
y antes de gozo derramar me viste,  
en lugar de asperezas  
y ese tu ceño indómito, ominoso,  
que indigno anubla tu semblante hermoso,  
solicita doblaras iris finezas  
y amorosos consuelos,  
feliz castigo en mis soñados celos.

Pero tú, Fany fiera,  
tú anhelas sólo que en mis ansias muera;  
y así en ellas te gozas de mirarme,  
burlándote, cruel, de mi tormento,  
y yo infeliz sin fruto me lamento...  
Perdón, perdón, o acaba de matarme.

Si horrísona tormenta  
cubre en tiniebla el día,  
la luz y la alegría  
vuelve riente el sol.  
Mírete yo contenta,  
caiga tu ceño oscuro,  
y alentará seguro  
mi afortunado amor.

X

*El cumpleaños de Fany, habiendo de dejarla dentro de breves días*

Ya entre arreboles la risueña aurora  
cielos y tierra de su albor colora;

de nuevas flores se engalana el prado,  
y el viento bulle en ámbares bañado.

Fany, amable Fany, en raudo vuelo  
fausto nos vuelve el cielo  
de tu feliz natal el claro día.  
Las aves en acorde melodía  
proclamándolo van... ¿Oyes, amada,  
sus trinos armoniosos?,  
¿de tu nombre los vivos deliciosos?  
Tus años son, ¡oh suerte afortunada!,  
tus años, de tu vida  
el oriente feliz. Fany querida,  
loco de gozo, embebecido todo,  
mi fina llama, mi sin par ternura,  
por más que encarecértelo procura  
mi cariñoso labio, no hallan modo  
cómo este día celebrar; quisiera  
que tu pecho inundar dado me fuera  
del júbilo, mi bien, que inunda el mío,  
y embriagarlo en su angélico contento.

Tierno quisiera el fugitivo plazo  
que el cielo, oh cara, me destina pío  
al de tu vida unir, unir mi aliento,  
y en delicioso indisoluble lazo  
hacer que por entrambos tú aspirases  
y, yo acabando, de mi ser gozases.

Entonces, ¡ay!, en mi delirio ardiente  
reclinado en tu seno blandamente,  
¡cuán alegre muriera  
y a vida más feliz en ti naciera!

Fin tan delicioso,  
de ti acariciado,  
no, dueño adorado,  
no fuera morir;  
éxtasi glorioso  
de dulces amores,  
fuera en mil ardores  
por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une  
nuestras almas amantes,  
más cada vez en su pasión constantes,  
que de ambas con suavísima armonía

en solo un punto el anhelar reúne  
y un solo pensamiento,  
siempre a mi gusto tú, yo al tuvo atento,  
su firme nudo aún más estrecharía  
y un solo ser de nuestro ser haría.

Nuestros dos pechos sin jamás saciarse  
amaran siempre para más amarse.  
Feliz sintiera cuanto tú gustaras;  
con tus suaves afectos mi ternura  
natural excitaras;  
néctar fuera en mis labios tu dulzura;  
despertaran mis llamas tus ardores;  
tu timidez amable, mis temores;  
y venturoso fuera en tu ventura.

Unida a la planta  
que fiel la sustenta,  
la hiedra alimenta  
su humilde raíz,  
y ufana levanta  
sus tiernos pimpollos  
hasta los cogollos  
del árbol feliz.

Yo dejara de ser, pero en la vida  
de mi Fany querida  
tornara a florecer. ¡Oh si me oyese  
el cielo y luego mi querer cumplierse!

¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza  
de la suerte envidiosa  
atribulara entonces mi fineza!,  
ni en medio mi delirio apasionado  
me vieras siempre en dudas abismado.

¡Qué en vano, ay, triste, la memoria odiosa  
de tener que ausentándome dejarte  
y a un bárbaro opresor abandonarte  
atosigara mi doliente seno,  
aun en tus brazos de zozobras lleno!

¡Qué en vano, en fin, el ansia de perderte,  
muy más amarga que la misma muerte,  
hoy, a anublarme en mi gozar vendría  
ni el vuelo a mi esperanza cortarí!

¿Quién te arrancara

del lado mío,  
de tu albedrío  
fiero opresor?  
¿Quién me privara  
de las delicias  
que en tus caricias  
me brinda Amor?

Un ser con tu ser hecho  
y en nudo celestial a ti ayuntado,  
nudo de amor dulcísimo y estrecho,  
tú aspiraras mi aliento apasionado,  
yo inflamara tu angélica ternura;  
y embebecido, loco en mi ventura,  
cuanto ansío ciego sin cesar gozando,  
feliz mi llama se alentara amando  
y cuanto más ardiera más gozara,  
y gozando sin fin, sin fin ansiara,  
ni nada, dulce bien, nada temiera.

Cuando ora acaso en la celeste esfera  
el sol no acabará su presto giro,  
y lejos de ti... ¡Oh Dios...! Perdón, amada,  
permite a mi dolor sólo un suspiro,  
y años mil te haga el cielo afortunada.

Sobre tu amable vida  
plácido el tiempo gire,  
de la vejez retire  
lejos de ti el horror.  
Siempre en niñez florida  
brillar tus gracias veas;  
siempre adorada seas,  
siempre pagues mi amor.

## XI

### *A las Musas*

Perdón, amables Musas; ya rendido  
vuelvo a implorar vuestro favor; el fuego  
gratas me dad con que cantaba un día  
las dulces ansias del amor más ciego,  
o de la ninfa mía  
las gratas burlas, el desdén fingido,

y aquel huir para rendirse luego.  
El entusiasmo ardiente  
dadme en que ya pintaba  
la florida beldad del fresco prado,  
la calma ya en que el ánimo embargaba  
el escuadrón fulgente  
que en la noche serena  
el ancho cielo de diamantes llena,  
deslizándose en tanto fugitivas  
las horas y la cándida mañana  
sembrando el paso de arrebol y grana  
a Febo luminoso.  
¡Ah Musas!, ¡qué gozoso  
las canciones festivas  
de las aves armónico siguiera,  
saludando su luz, el labio mío,  
ora mirando el plateado río  
sesgar ondisonante en la ladera,  
ora en la siesta ardiente  
bajo la sombra hojosa  
de algún árbol altísimo copado  
al raudal puro de risueña fuente,  
gozando en paz el soplo regalado  
del manso viento en las volubles ramas!  
Ni allí loca ambición en peligrosos,  
falaces sueños embriagó el deseo,  
ni sus voraces llamas  
sopló en el corazón el odio insano,  
o en medio de desvelos congojosos  
insomne se azoró la vil codicia,  
cubriendo su oro con la yerta mano.  
Miró el más alto empleo  
el alma sin envidia, los umbrales  
del magnate ignoró, y a la malicia  
jamás expuso su veraz franqueza.  
De rústicos zagales  
la inocente llaneza,  
y sus sencillos juegos y alegría  
de cuidados exento  
venturoso gocé, y el alma mía  
entró a la parte en su hermanal contento.  
La hermosa juventud me sonreía,  
y de fugaces flores  
ornaba entonces mis tranquilas sienas,  
mientras el ardiente Baco me brindaba  
con sus dulces favores;

y de natura al maternal acento  
el corazón sensible,  
en calma bonancible  
y en común gozo y en comunes bienes  
de eterna bienandanza me saciaba.  
¡Días alegres, de esperanza henchidos,  
de ventura inmortal!, ¡amables juegos  
de la niñez!, ¡memoria,  
grata memoria de los dulces fuegos  
de amor! ¿Dónde sois idos?  
Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?  
Huyó niñez con ignorado vuelo,  
y en el abismo hundió de lo pasado  
el risueño placer. ¡Desventurado!  
En ruego inútil importuno al cielo,  
y que torne le imploro  
la amable inexperiencia, la alegría,  
el ingenuo candor, la paz dichosa  
que ornaron, ¡ay!, mi primavera hermosa;  
mas nada alcanzo con mi amargo lloro.  
La edad, la triste edad del alma mía  
lanzó tan hechicera  
magia, y a mil cuidados  
me condenó por siempre en faz severa.  
Crudo decreto de malignos hados  
diome de Temis la inflexible vara;  
y que mi blando pecho  
los yerros castigara  
del delincuente, pero hermano mío,  
Astrea me ordenó, mi alegre frente  
de torvo ceño oscureció inclemente  
y de lúgubres ropas me vistiera.  
Yo mudo, mas deshecho  
en llanto triste su decreto impío,  
obedecí temblando,  
y subí al solio, y de la acerba diosa  
las leyes pronuncié con voz medrosa.  
¡Oh, quién entonces el poder tuviera,  
Musas, de resistir!, ¡quién me volviese  
mi oscura medianía,  
el deleite, el reír, el ocio blando  
que imprudente perdí!, ¡quién convirtiese  
mi toga en un pellico, la armonía  
tornando a mi rabel con que sonaba  
en las vegas de Otea  
de mis floridos años los ardores

y de Arcadio la voz le acompañaba,  
bailando en torno alegres los pastores!  
El que insano desea  
el encumbrado puesto,  
goce en buen hora su esplendor funesto.  
Yo viva humilde, oscuro,  
de envidia vil, de adulación seguro,  
entre el pellico y el honroso arado;  
y de fáciles bienes abastado,  
en salud firme el cuerpo, sana el alma  
de pasiones fatales,  
entre otros mis iguales,  
en recíproco amor, entre officiosos  
consuelos. Feliz muera  
en venturosa calma,  
mi honrada probidad dejando al suelo,  
sin que otro nombre en rótulos pomposos  
mi losa al tiempo guarde lisonjera.  
Pero, ¡ah Musas!, que el cielo  
por siempre me cerró la florecida  
senda del bien; y a la cadena dura  
de insoportable obligación atando  
mi congojada vida,  
alguna vez llorando  
puedo solo engañar mi desventura  
con vuestra voz y mágicos encantos.  
Alguna vez en el silencio amigo  
de la noche callada  
puedo en sentidos cantos  
adormir mi dolor; y al crudo cielo  
hago de ellas testigo,  
y en las memorias de mis dichas velo,  
Musas, alguna vez, pues luego airada  
Temis me increpa, y de pavor temblando  
callo y su imperio irresistible sigo,  
su augusto trono en lágrimas bañando.  
Musas, amables Musas, de mis penas  
benignas os doled: vuestra armonía  
temple el son de las bárbaras cadenas  
que arrastro miserable noche y día.

## XII

*Al céfiro, durmiendo Cloris*

Bate las sueltas alas amorosas,  
cefirillo süave, silencioso;  
no de mi Clori el sueño regalado  
ofendas importuno. Al fresco prado  
tórnete y a las rosas;  
tórnete, cefirillo bullicioso,  
y de su cáliz goza y sus olores.  
A mi Clori perdona; tus favores,  
tu lisonjero aliento le escasea,  
y huye lejos del labio adormecido.

No agravies, no, atrevido  
su reposo felice,  
que Amor quizá en su idea  
me retrata esta vez, quizá le ofrece  
mi fe pura y le dice:  
«Duélete, oh desdeñosa,  
de tan fina pasión»; y con su fuego,  
su tímida modestia desvanece,  
tornándola sensible y cariñosa.

¡Oh, mi ventura no interrumpas ciego!  
Yo no sé qué, latiéndome gozoso,  
me anuncia el corazón al contemplarla.  
Déjame ser en sueños venturoso  
y escapa lejos a jugar al prado,  
o respetoso pósate a su lado.  
Empero ya travieso por besarla,  
una rosa doblaste  
y vivaz en sus hojas te ocultaste.

De nuevo tornas y la rosa inclinas,  
y con vuelo festivo,  
bullicioso y lascivo  
la meces y a su pecho te avecinas.  
¡Oh, que mi ardor provocas  
cada vez que lo tocas!  
¡Oh, que tal vez ese cogollo esconde  
letal punzante espina que su nieve  
hiera con golpe aleve!

Cesa, y benigno a mi rogar responde;  
cesa, céfiro manso,  
y siga Clori en plácido descanso.  
Cesa, y a tu deseo  
corresponda tu ninfa agradecida

en fácil himeneo,  
¡oh nuncio del verano deleitoso!

Tú que en móviles alas vagaroso,  
de las flores galán, del prado vida,  
vas dulce susurrando,  
con delicado soplo derramando  
mil fragantes esencias, ¡ay!, no toques  
esta vez a mi Clori; no provoques,  
cefirillo atrevido,  
con tu aroma su aliento;  
guarda, que Amor con ella se ha dormido.

Mas, ¡ay, con qué contento  
parece que se ríe y que me llama!  
Su boca se despliega  
y su semblante celestial se inflama  
como la rosa pura  
que bañada en aljófares florece,  
emulando del alba la hermosura.

Llega festivo, llega  
a sus párpados bellos,  
y con ala traviesa, cariñoso  
asentándote en ellos,  
apacible los mece;  
que otra vez ríe y su alegría crece.

¡Ay!, agítala, llega, y tan dichoso  
momento no perdamos, cefirillo,  
que Amor me llama y su favor me envía.  
Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo  
al logro ayude de la dicha mía.

### XIII

#### *Las flores*

Naced, vistosas flores,  
ornad el suelo que lloró desnudo  
so el cetro helado del invierno rudo  
con los vivos colores  
en que matiza vuestro fresco seno  
rica naturaleza.  
Ya ríe mayo, y Céfiro sereno

con deliciosos besos solicita  
vuestra sin par belleza  
y el rudo broche a los capullos quita.

Pareced, pareced, ¡oh del verano  
hijas y la alma Flora!,  
y al nacarado llanto de la Aurora  
abrid el cáliz virginal; ya siento,  
ya siento en vuestro aroma soberano,  
divinas flores, empapado el viento,  
y aspira la nariz y el pecho alienta  
los ámbares que el prado les presenta  
doquiera liberal. ¡Oh, qué infinita  
profusión de colores  
la embebecida vista solicita!,  
¡qué magia!, ¡qué primores  
de subido matiz que anhela en vano  
al lienzo trasladar pincel liviano!

Con el arte, natura  
a formaros en una concurrieron,  
galanas flores, y a la par os dieron  
sus gracias y hermosura.  
Mas, ¡ah!, que acaso un día  
acaba tan pomposa lozanía,  
imagen cierta de la suerte humana;  
empero más dichosas,  
si os roba, flores, el ferviente estío,  
mayo os levanta del sepulcro umbrío,  
y a brillar otra vez nacéis hermosas.

Así, oh jazmín, tu nieve  
ya a lucir torna, aunque en espacio breve,  
entre el verde agradable de tus ramas;  
y con tu olor subido  
parece que amoroso  
a las zagalas que te corten clamas  
para enlazar sus sienas venturoso,  
mientras el clavel, en púrpura teñido,  
en el flexible vástago se mece,  
y oficioso desvelo a la belleza,  
a Flora y al Amor un trono ofrece  
en su globo encendido,  
hasta que trasladado  
a algún pecho nevado,  
mustio sobre él desmaya la cabeza  
y el cerco encoge de su pompa hojosa;

y la humilde violeta, vergonzosa,  
por los valles perdida,  
su modesta beldad cela encogida;  
mas el ámbar fragante,  
que le roba fugaz mil vueltas dando  
el aura susurrante,  
en él sus vagas alas empapando,  
descubre fiel dó esconde su belleza.

Orgullosa levanta la cabeza  
y la vista arrebatada  
entre el vulgo de flores olorosas  
el tulipán, honor de los vergeles,  
y en galas emulando a los claveles,  
con fajas mil vistosas  
de su viva escarlata  
recama la riquísima librea.

Pero, ¡ah!, que en mano avara le escasea  
cruda Flora su incienso delicioso;  
y solo así a la vista luce hermoso.  
No tú, azucena virginal, vestida  
del manto de inocencia en nieve pura  
y el cáliz de oro fino recamado;  
no tú, que en el aroma máspreciado  
bañando afortunada tu hermosura,  
a par los ojos y el sentido encantas.

De los toques mecida  
de mil lindos amores  
que vivaces codician tus favores,  
¡oh, cómo entre sus brazos te levantas!,  
¡cómo brilla del sol al rayo ardiente  
tu corona esplendente!,  
¡y cuál en torno cariñosas vuelan  
cien mariposas y en besarte anhelan!

Tuyo, tuvo sería,  
¡oh azucena!, el imperio sin la rosa,  
de Flora honor, delicia del verano,  
que en fugaz plazo de belleza breve  
su cáliz abre al apuntar el día,  
y en púrpura bañada el soberano  
cerco levanta de la frente hermosa.

Su aljófara nacarada el alba llueve  
en su seno divino;

Febo la enciende con benigna llama;  
y le dio Citerea  
su sangre celestial cuando afligida  
del bello Adonis la expirante vida,  
que en débil voz la llama,  
quiso acorrer, y del fatal espino  
ofendida, ¡oh dolor!, la planta bella  
de púrpura tiñó la infeliz huella.

Codíciala Cupido  
entre las flores por la más preciada;  
y la nupcial guirnalda que ciñera  
a su Psiquis amada  
de rosas fue de su pensil de Gnido,  
y el tálamo feliz también de rosa  
donde triunfó y gozó cuando abrasado  
en su llama dichosa,  
tierno exclamó, en sus brazos desmayado:

«¡Hoy, bella Psiquis, por la vez primera  
siento que el dios de las delicias era!»  
¡Oh reina de la flores!,  
¡gloria del mayo!, ¡venturoso fruto  
del llanto de la Aurora!  
Salve, ¡rosa divina!,  
salve; y ve, llega a mi gentil pastora  
a rendirle el tributo  
de tus suaves olores,  
y humilde a su beldad la frente inclina.

Salve, ¡divina rosa!,  
salve; y deja que viéndote en su pecho  
morar ufana, y por su nieve pura  
tus frescas hojas derramar segura,  
loco envidie tu suerte venturosa,  
y anhele, en ti trocado,  
sobre él morir: en ámbar deshecho  
me aspirará su labio regalado.

## XIV

### *El sueño*

¿Por qué en tanta alegría  
se inunda mi semblante

y enajenado el ánimo se goza,  
curiosa me demandas, Fili mía?  
Hállote, y al instante  
mi corazón palpita y se alboroz;  
y río si te miro,  
y no de pena, de placer suspiro.

Un sueño, un sueño sólo mi contento  
causa, Fili adorada;  
óyelo, y goza el júbilo que siento.  
En la fresca enramada,  
cual solemos triscando  
y riendo y burlando,  
soñé feliz que estábamos un día.

De lindas flores a tu sien tejía  
y amáraco oloroso  
yo una guirnalda bella;  
mas tú, cuando oficioso  
ceñírtela intenté, me la robaste;  
y una cinta con ella  
flexible haciendo, blandamente ataste  
mis dos manos. «Estrecha, Fili, estrecha»,  
dije, «el nudo primero,  
y otro y otro tras él y otro me echa,  
que a gloria tengo el ser tu prisionero».

Luego viendo una rosa  
en medio el valle descollar hermosa  
sobre todas las flores,  
de los besos del céfiro halagada,  
acortarla corrí. «¡Flor venturosa»,  
le dije, «el lácteo seno de mi amada  
de tu frescura goce y tus olores!»

Y en él la puse lleno de ternura.  
Mi rosa pareció más encendida,  
y su nieve, más pura  
contrapuesta a la púrpura subida.  
Tú al punto la tomaste,  
y no sin vanidad, ¡ay!, la llegaste  
al carmín vivo de tus labios bellos,  
y besándola, de ellos  
a los míos riendo la pasaras.

El alma toda, apenas los tocaras,  
el alma toda a recoger tu beso

sobre la rosa se lanzó anhelante;  
y por uno sin seso,  
su tierno cáliz te torné abrasado  
con mil y mil en mi pasión amante.

En tales burlas, por el fresco prado  
vagando alegres fuimos,  
cantando mil tonadas  
o remedando en voces acordadas  
ya el trino delicado a los jilgueros,  
ya el plácido balar de los corderos,  
cuando a Lícidas vimos  
que a nosotros venía  
cual suele: en torva faz, hosco y celoso.

De súbito nublose tu alegría,  
bien como flor cortada  
cuya mustia beldad cae desmayada;  
y con labio medroso,  
«Huyamos», me dijiste,  
¿zagal tan necio y tan odioso viste?

Yo te idolatro; y quiere  
que oiga su amor y alivie su cuidado,  
y así me sigue cual si sombra fuera.  
¡Ay zagal!, aquí estás; en vano espera».   
Y fiel mi mano al corazón llevaste;  
sobre él la puse, y fino palpitaba,  
y el mío de placer mil vuelcos daba.

Así en trisca inocente  
sin sentirlo llegamos a la fuente  
que en torno enrama el álamo pomposo.  
«Aquí evitemos la abrasada siesta»,  
dijiste, «pues a plácido reposo  
su sombra brinda y brinda la floresta»;  
y te asentaste en la mullida grama.  
Yo, cariñoso, me senté a tu lado,  
y en torno se derrama,  
con el tuyo paciendo, mi ganado  
por la fresca pradera.

El albo vellocino a la cordera  
que en grato don por el rabel me diste  
a rizar oficiosa te pusiste;  
y yo en tanto escribía  
tu nombre venturoso

en la lisa corteza,  
y así apenado al álamo decía:  
«Crece, tronco dichoso,  
crece; y el nombre de mi Filis amada  
crezca a la par contigo,  
y a par también su amor y su firmeza;  
y sé a los cielos de mi fe testigo.

De hoy más por los pastores  
se escogerá tu sombra regalada  
cuando traten en pláticas de amores  
o al viento envíen sus dolientes quejas.  
Sus inocentes danzas  
tendrán en ti las lindas zagalejas,  
y anidarán los dulces ruseñores.

Ni sufrirás del tiempo las mudanzas  
de tus sonantes hojas despojado,  
ya con su nombre a Fili consagrado».  
Tú, que fina escuchaste  
mi apasionado ruego,  
cariñosa tomaste  
la aguda punta y escribiste luego  
tras *Fili, de Damón*, y por adorno,  
de mirto una lazada  
que los dos nombres estrechaba en torno;  
y tierna me miraste. ¡Oh, qué mirada!

De ella alentado, mis felices brazos  
a tu cuello de nieve  
lanzándose amorosos... Un ruido  
suena a la espalda, y la enramada mueve.  
Tú, esquiva, evitas los ardientes lazos;  
yo miro airado; y Lícida, escondido,  
torvo acechaba nuestra dulce llama.  
Su odiosa vista en cólera me inflama;  
detiéneme tu brazo cariñoso;  
Lícidis huye con fugaz carrera;  
despierto; y en mi sueño venturoso  
fue *Fili de Damón* tu voz postrera.

## XV

*Los recuerdos tristes*

¡Ah, Clori!, se anublaron  
los días del placer; nuestra ventura  
pasó, pasó dejando en la memoria  
sólo tristes recuerdos y amargura.  
Sombra fugaz, volaron  
las horas fugitivas de mi gloria,  
muy más que el ave que ni rastro deja  
cuando hasta el cielo rápida se aleja.

Vuelvo atrás; y el deseo  
engañador te finge cual un día  
nos viera Amor, de sus ardientes flechas  
nuestras dos almas, para en uno hechas,  
gozándose llagadas, retirados  
del comercio importuno  
y a su imperio feliz abandonados,  
ya en la alameda hojosa en el recreo  
de un paseo inocente,  
ya en tu albergue glorioso do ninguno,  
triste censor de nuestras ansias pías,  
ni tus palabras mágicas oía,  
ni de mi loca lengua las ternuras,  
ni los suspiros de mi amor ferviente.

Solo el cielo nos viera  
y sus puras antorchas rutilantes,  
y al cielo enajenado yo pedía  
que en sus claras mansiones  
mis votos y tus votos recibiera;  
y en mis brazos amantes,  
más fino y tú más tierna te estrechaba;  
y así testigos mi delirio hacía  
de mi inmensa ventura  
ya la lumbre de amor, ya los Triones,  
mientras ardía y gozaba,  
y tornaba a gozar, y más ardía.

¿Te acuerdas, adorada, la ternura  
con que anublando ya la imagen triste  
de mi ausencia el placer, tú me dijiste:  
«¡Oh importuno!, olvidemos  
momento tan fatal; ora gocemos,  
gocemos otra vez?» ¡Ah!, ¿qué se hiciera  
de aquella noche en que, el desdén rendido,  
prorrumpiste llorando: «Eres querido;  
tuya soy, tuya?». ¡Oh noche!, si olvidarme  
de ti puedo, mi pecho al gozo muera,

Clori deje de amarme.

Divididos apenas  
del blando estío en los ardientes días,  
si el momentáneo trance se llegaba  
de alejarme de ti, ¡cuál te afligías!,  
¡cómo yo me apartaba! ¡Ay, horas llenas,  
horas llenas de gloria y de ventura!,  
¡horas que en vano detener procura  
mi insano amor! ¿Dó estáis, o qué se ha hecho  
de aquel hallarme a su adorable lado  
y a sus plantas postrado,  
en ansias mil deshecho,  
ya embriagado el oído  
en su voz celestial, que el alma eleva  
y do le agrada extática la lleva,  
ya ciego, arrebatado, sin sentido  
a los rayos lumbrosos  
de sus ojuelos, vivos, cariñosos,  
ya plácido gozando la alegría  
de su amable semblante,  
do reinan sencillez y cortesía  
y angélica inocencia, el albo seno,  
de honestidad y de ternura lleno,  
bajo la sutil gasa palpitante,  
mientras furtivo mi mirar seguía  
su movimiento blando,  
mi fiel imagen dentro contemplando?

Clori, esta imagen indeleble sea,  
a pesar de la suerte,  
que agostará nuestro florido suelo.  
Idólatra en tu fe, constante vea  
arder hasta la muerte  
la fiel llama que en ti me envidia el cielo;  
o si débil acaso... Clori mía,  
sin que dejes de amarme,  
en tus brazos, iluso en mi alegría,  
hoy acabe, si un día has de olvidarme.

## XVI

*El lecho de Filis*

«¿Dó me conduce Amor?, ¿dó, inadvertido,

en soñadas venturas embebido,  
llegué con planta osada?  
Ésta es la alcoba de mi Fili amada;  
aquél su lecho, aquél. Allí reposa;  
allí, su cuerpo delicado, hermoso,  
en blanda paz se entrega  
al sueño más süave; esta dichosa  
holanda la recibe. Llega, llega  
con paso respetoso,  
¡oh deseo feliz!, llega y suspira  
sobre el lecho de Fili; y silencioso,  
si en él descansa, al punto te retira.

Retírate; no acaso a despertarla  
en tu ardor impaciente  
te atrevas por tu mal; huye prudente,  
huye de riesgo tal, y ni a mirarla  
pararte quieras por estar dormida,  
que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.

Pero solo está el lecho. ¡Afortunado  
lecho, salve mil veces,  
pues que gozar mereces  
de su esquivo beldad! ¡Salve, nevado  
lecho; y consiente que mi fina boca  
la holandá estreche que felice toca  
los miembros bellos de mi Fili amada!

Su deliciosa huella señalada  
en ti, lecho felice,  
«Aquí posó dormida  
la rubia frente», a mi deseo dice:  
«Allí tendió hacia mí su brazo hermoso,  
del delirio de un sueño conmovida;  
y aquí asentó su seno delicioso».

¡Oh salve veces mil; y el atrevido  
tiempo que te consuma,  
dichoso lecho, del Amor mullido!  
Siempre en torno de ti las Gracias velen;  
los sueños lisonjeros,  
cuando mí Fili tu süave pluma  
busque, sobre ella cariñosos vuelen;

en sus alas los céfiros ligeros  
todo el ámbar le ofrezcan de las flores;  
y mi forma tomando,

el placer en su seno mil ardores,  
gozos mil nueva, su desdén domando.

¡Salve, lecho feliz, que sólo sabes  
misterios tan suaves!  
Tú, si su seno cándido palpita,  
le sientes palpar; tú, si se queja;  
tú, si el placer la agita  
y embriagada le deja  
fingirse mil venturas,  
todo lo entiendes, lecho regalado,  
todo lo entiendes con envidia mía.

Sus ansias inefables, sus ternuras,  
sus gozos, sus desvelos,  
su tímida modestia, sus recelos,  
en el silencio de la noche amado  
patentes a ti solo, con el día  
para mí desaparecen  
y cual la niebla al sol se desvanecen.

¡Oh lecho, feliz lecho, cuál suspiro  
cuando tu suerte y mis zozobras miro!  
Si en ti el reposo habita,  
¿de dó, lecho feliz, viene la llama  
que en delicias me inflama?,  
¿la grata turbación que el pecho agita?

¡Ah, lecho afortunado!,  
tú de mi bien en tu quietud recibes  
el llanto aljofarado  
si lastimada llora; tú percibes,  
tú solo en sus amores confidente,  
su delicada voz. ¿Mis ansias siente?

¿Se angustia como yo? ¿Teme? ¿Recela?  
¿Duda si en verla tardo, y se desvela?  
¡Ay!, tú lo sabes: dímelo, te ruego,  
y templa de una vez mi temor ciego;  
témplalo, dulce lecho...». Así decía  
el ardiente Damón, sin que pensase  
que Filis le atendía  
a otra parte del lecho retirada.

La bella zagaleja, lastimada  
de que tanto penase,  
salió presta de donde se escondía;

Damón se turba, y Filis, cariñosa,  
se ríe dulcemente y le asegura,  
mudando la serrana desdeñosa  
su rigor desde entonces en blandura

## XVII

### *Mi vuelta al campo*

Ya vuelvo a ti, pacífico retiro.  
Altas colinas, valle silencioso,  
término a mis deseos,  
faustos me recibid; dadme el reposo  
por que en vano suspiro  
entre el tumulto y tristes devaneos  
de la corte engañosa.

Con vuestra sombra amiga  
mi inocencia cubrid, y en paz dichosa  
dadme esperar el golpe doloroso  
de la parca enemiga,  
que lento alcance a mi vejez cansada,  
cual de otoño templado  
en deleitosa tarde, desmayada  
huye su luz del cárdeno occidente  
el rubio sol con paso sosegado.

¡Oh, cómo, vegas plácidas, ya siente  
vuestro influjo feliz el alma mía!  
Os tengo, os gozaré; con libre planta  
discurriré por vos, veré la aurora,  
bañada en perlas que riendo llora,  
purpúrea abrir la puerta al nuevo día,  
su dudoso esplendor vago esmaltando  
del monte que a las nubes se adelanta  
la opuesta negra cumbre;  
del sol naciente la benigna lumbre  
veré alentar, vivificar el suelo,  
que en nublosos vapores  
adormeciera de la noche el hielo;  
del aura matinal el soplo blando,  
de vida henchido y olorosas flores,  
aspiraré gozoso;  
el himno de alborada bullicioso  
oiré a las sueltas aves,

extático en sus cánticos süaves;  
y mi vista encantada,  
libre vagando en inquietud curiosa  
por la inmensa llanada,  
aquí verá los fértiles sembrados  
ceder en ondas fáciles al viento,  
de sus plácidas alas regalados;  
sobre la esteva honrada,  
allí cantar al arador contento  
en la esperanza de la mies futura;  
alegre en su inocencia y su ventura,  
más allá un pastorcillo  
lento guiar sus cándidas corderas  
a las frescas praderas  
tañendo el concertado caramillo;  
y el río ondisonante,  
entre copados árboles torciendo,  
engañar en su fuga circulante  
los ojos que sus pasos van siguiendo,  
lento aquí sobre un lecho de verdura,  
allí celando su corriente pura,  
cerrando el horizonte  
el bosque impenetrable y arduo monte.

¡Oh vida!, ¡oh bienhadada  
situación!, ¡oh mortales  
desdeñados y oscuros!, ¡oh ignorada  
felicidad, alivio de mis males!  
¡Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo  
los graves hierros que aherrojada siente  
el alma romperá!, ¡cuándo el amigo  
de la naturaleza  
fijará en medio de ella su morada  
para admirar confino su belleza  
y celebrarla en su entusiasmo ardiente!

Otros gustos entonces, otros cuidados  
más gratos llenarán mis faustos días:  
de mis rústicas manos cultivados  
los campos que labraron mis abuelos,  
las esperanzas mías  
colmarán y mis prósperos desvelos;  
mi huerta abandonada,  
que apenas ora del colono siente  
en su seno la azada,  
de hortaliza sabrosa  
verá poblar sus niveladas eras;

mi mano diligente  
apoyará oficiosa  
ya el vástago a la vid, ya la caída  
rama al frutar que al paladar convida  
doblada al peso de doradas peras;  
verame mi ganado,  
a su salud, a su custodia atento,  
solícito contarle cuando lento  
torna al redil de su pacer sabroso;  
o en ocio afortunado,  
mientras su ardiente faz el sol inclina,  
solitario filósofo el umbroso  
bosque, en la mano un libro, discurriendo,  
llenar mi pecho de tu luz divina,  
angélica verdad, las celestiales  
sagradas voces respetoso oyendo  
que en himnos inmortales,  
en medio de las selvas silenciosas  
do segura reposas,  
al sencillo mortal para consuelo  
tal vez dictaste del lloroso suelo.  
De las aves el trino melodioso  
allí mi dulce voz despertaría,  
y armónica a las tuyas se uniría,  
cantando sólo el campo y mi ventura;  
allí del campo hablara  
con el pobre colono, y en las penas  
de su estado afanoso,  
con blandas voces de consuelo llenas  
humano le alentara;  
o bien, sentado a la corriente pura,  
viva, fresca, esplendente,  
del plácido arroyuelo bullicioso  
que entre guijuelas huye fugitivo,  
si del vicio tal vez la imagen fiera  
mi memoria afligiera,  
el ánimo doliente  
se conhortara en su dolor esquivo,  
y en sus rápidas linfas contemplando  
de la vida fugaz el presto vuelo,  
calmara el triste anhelo  
de la loca ambición y ciego mando.  
Imagen, ¡oh arroyuelo!,  
del tiempo volador y de la nada  
de nuestras mundanales alegrías,  
una de otra apremiada,

tus ondas al nacer se desvanecen,  
y en raudo curso en el vecino río  
tu nombre y sus cristales desaparecen.

Así se abisman nuestros breves días  
en la noche del tiempo; así la gloria,  
el alto poderío,  
la ominosa riqueza  
y lumbre de belleza,  
do ciega corre juventud liviana  
pasan cual sombra vana,  
sólo dolor dejando en la memoria.

¡Oh, cuántas veces mi azorada mente  
en tu margen florida,  
contemplando tu rápida corriente,  
lloró el destino de mi frágil vida!,  
¡cuántas en paz sabrosa  
interrumpí tu plácido ruido  
con mi voz, oh arroyuelo, dolorosa,  
y en dulces pensamientos embebido,  
a tu corriente pura  
las lágrimas mezclé de mi ternura!

¡Cuántas, cuántas me viste  
querer de ti apenado separarme,  
y moviendo la planta perezosa,  
cien veces revolver la vista triste  
hacia ti al alejarme,  
oyendo tu murmullo regalado,  
y exclamar conmovido  
con balbuciente acento:  
«¡Aquí moran la dicha y el contento!

¡Oh campo!, ¡oh soledad!, ¡oh grato olvido!,  
¡oh libertad feliz!, ¡oh afortunado  
el que por ti de lejos no suspira,  
mas trocando tu plácida llaneza  
por la odiosa grandeza,  
por siempre a tu sagrado se retira!

¡Afortunado el que en humilde choza  
mora en los campos, en seguir se goza  
los rústicos trabajos, compañeros  
de virtud e inocencia,  
y salvar logra con feliz prudencia  
del mar su barca y huracanes fieros!»

